



Las cosas de Douce

Historias de una perrita

*Para Mariluz, que siempre me ha leído con
mucho cariño y atención, me animó a que escribiera
y en todo momento ha estado pendiente de mis
correrías.
Con todo mi cariño de perrita*

Las cosas de DOUCE

Historias de una perrita

MI NUEVA CASA

Pues sepan vuestras mercedes, ante todas cosas, que a mí me llaman Douce, que así me pusieron mis padres adoptivos, porque de mis verdaderos padres no me acuerdo. Sólo recuerdo que me dejaron sola, abandonada, en una casa de asilo donde deja la gente desalmada a los perritos que por cualquier causa ya no quieren. Bien pudiera llamarse a estos sitios “*perrerías*” porque de acuerdo con el diccionario de la RAE – yo, como irán viendo, soy una perrita muy leída – la palabra perrería, además de “*muchedumbre de perros*”, significa también “*acción mala o inesperada contra alguien*”. Y a fe que perrería fue lo que mis padres naturales me hicieron, dejándome abandonada en aquel lugar donde, en muy pocos días, todas las pulgas de aquella perrera se instalaron en mi cuerpo. El estrés, la angustia que me produjo el sentirme sola entre tantos congéneres también famélicos, tristes, desesperados hizo que me salieran grandes ronchones, haciendo de mí una perrita muy triste, con ganas de morirme cuanto antes en aquel sitio donde todo eran ladridos y gritos de desesperación y abandono.

Pero un sábado del mes de julio, hace ahora algo más de 5 años, se presentaron en aquel asilo de perros cuatro jovencitos: dos chicas y dos chicos que tendrían en torno a los 20 años, aunque la más joven de las muchachas rondaría los 15. Estuvieron echando una ojeada a las decenas de canes del albergue y, no sé por qué, se fijaron en mí. Quizás porque no era demasiado grande, quizá porque se apiadaron de mi cara desvalida y triste, o puede que su instinto les dijera que yo era la más dulce de todos mis compañeros. Lo del dulce lo digo, porque cuando al llegar a casa, y preguntarse qué nombre me pondrían, salió espontáneamente “Dulce” y todos coincidieron en que me cuadraba como anillo al dedo. Lo de “Douce”, fue luego ocurrencia de mi segundo padre,

que es un poco cursi, le gusta el francés, y dijo que así sólo los de casa sabrían el verdadero significado de mi nombre, porque para mucha gente el nombre de “Dus” no les dice nada. (Escribo “Dus”, porque es como se pronuncia mi nombre en francés, yo soy una perrita que conoce muchas lenguas)

Pero no crean que con la llegada a mi nuevo hogar se acabaron los problemas. Los jóvenes que me sacaron de aquel antro no habían dicho nada sobre mi llegada, porque temían que sus padres no quisieran tener un perrito en casa. Así que antes de subir a mi nueva morada llamaron al telefonillo para que bajaran a verme. El primero en bajar fue mi segundo padre. Le llamo segundo porque el primero es el mayor de los muchachos que me recogieron. Se llama César , yo le quiero, pero ha pasado largas temporadas fuera de casa y lo he visto menos. Cuando volvía, o ahora que está de nuevo en casa, duermo con él, y aunque a veces me haya sentido un poco abandonada por él, le quiero mucho.

Pero con esta digresión –como notarán soy una perrita que tiene sus letras – me había alejado de decirles cómo fue el recibimiento en mi nuevo hogar. Mi segundo padre, el “francés” para entendernos, bajó al jardín, me observó de arriba a abajo, de delante hasta atrás y de lado a lado. Yo miraba la expresión de sus ojos y la verdad es que me sentí un poco asustada y un escalofrío interior recorrió todo mi cuerpo. Me veía de nuevo en aquella perrera ,estaba segura de que si volvía allí, me dejaría morir de pena.Después de este minucioso examen en el jardín, subimos a la casa. Yo temblaba por dentro. Asistía muerta de miedo a la discusión entre mi segundo padre y los chicos.

- “¿Por qué habéis traído este perro sin consultarnos?”

(Me dolió que me llamara “perro” en aquel tono enfadado, en todo caso debería haberme llamado “perrita”. Señor , hasta para con los perros hay eso que los cursis llaman “violencia de género”)

- “Quién se va a ocupar, de sacarla a pasear, a comprarle la comida, a

llevarla al veterinario?”

Los chicos se vieron también sorprendidos, no sabían qué responder, balbuceaban algo así como “ *nosotros nos ocuparemos...* ”

- “*¿Y dónde se va a quedar cuando tengamos que salir de viaje? ¿Eh, dónde?*”

La discusión subía de tono, yo , para sentirme protegida, me subía a las piernas de mi “dueño”. Tenía tanto miedo oyéndoles gritar que me hice pis en una alfombra. Mi segunda madre , me dio algo de comer y me serené un poquito. Así quedó la cosa, los chicos me sacaron de casa y me llevaron al veterinario. Me desparasitó por completo y dijo que nunca había visto tanta pulga junta en un cuerpo tan pequeño.

Al volver a casa los ánimos estaban ya algo más calmados. Seguían las frases de rechazo pero eran más suaves. Los chicos y yo seguíamos perplejos la evolución de los acontecimientos , pero sus caricias me tranquilizaron un poco. “ *Ya verás , es sólo la primera reacción, en poco tiempo se le habrá pasado y podrás quedarte en casa. No tengas miedo*» Así pasé la noche, dormida junto a mi “amo”. Con el miedo aun en el cuerpo pero más tranquila.

UNA MÁS DE LA FAMILIA

Poco a poco los ánimos se fueron apaciguando, el enfado primero se fue diluyendo. Desde el primer momento supe que aquella primera reacción de mi segundo padre, el francés, sólo pretendía acallar la necesidad íntima que sentía de alguien como yo.

Estuve segura desde el primer momento. Sabía que mis zalamerías, mi paciencia, mi dulzura, mi capacidad de entenderle, de no protestar por nada, de mostrarme siempre contenta, de no exigir de él nada más que un poco de cariño, acabarían haciéndome indispensable.

Sabía que aquel primer rechazo se convertiría en una necesidad de mí, algo imprescindible, en algo que si llegara a desaparecer se convertiría en un vacío muy difícil de llenar. Estaba segura de mi misma, sabía perfectamente que en aquella casa había un hueco que yo podía llenar. Ya sé que me pueden ustedes tratar de pedante, pero yo sé muy bien de qué me hablo.

En esta casa soy la única que no tengo problemas con nadie. Todos me quieren, cada uno a su manera, según su forma de ser y yo me acomodo perfectamente a cada uno de sus cariños. Por ejemplo, sé que Teresa no me sacará casi nunca a pasear, casi no sé lo que es dar un paseo con ella desde que llegué aquí.

- *“No quiero pasar mi infancia sin un perro”*

Creo que algo así dijo un día y de ese deseo partió la decisión de encontrar algún perrito antes de que se acabara su famosa “infancia”, que yo creo que sigue estirándola cuanto puede. Pero

yo sé que me quiere a su manera, que le gusta que me acurruque junto a ella en la cama y a mi me gusta sentir cómo sus dedos se meten entre mis lanas. Me gusta que me acaricie el cuello, me encanta. Me gusta mucho también cuando me acaricia la cabeza e insisto si noto que se cansa, y deja de acariciarme. Y no lo hago sólo por mí , de paso le enseño que es bueno acariciar y dejarse acariciar, porque ella es algo tímida y le cuesta expresar sus propios sentimientos.No es por presumir, pero creo que sirvo de mucho a esta familia, porque casi todos son algo retraídos y les cuesta expresar sus propios sentimientos. Y yo en esta cuestión no me recato o, como dice un perrito amigo mío, “*no me corto un pelo*”. Como me gusta que me acaricien busco al primero que veo disponible y le provoco. Soy una perrita muy femenina, por eso no me he apuntado a ninguna grupo o asociación de “ perritas feministas”.Me sirvo de mis propias mañas, nadie me ha enseñado. Cuando siento necesidad de mimos me siento al lado del que encuentre más desocupado, me acomodo a su lado y poco a poco me voy haciendo un hueco junto a él, voy arrimando cada vez más . Si veo que aún así no me hace caso, apoyo mi cabeza entre sus piernas para que me acaricie y si deja de acariciarme le araño suavemente con las uñas de mis patas para que siga acariciándome.

- “*Sigue*, le digo en mi lenguaje canino ¿*No ves que me gusta?*”
Reconozco que a veces resulto algo pesada , pero es que quiero demostrarles a estos animales de seres humanos lo importante que es el tocarse. A fuerza de querer ser hombres se han olvidado del lenguaje del cuerpo y de los gestos. Yo, además de letrada, soy muy psicológica, quiero decir psicóloga.Se que me he ido un poco por los cerros de Úbeda – por cierto que no sé dónde queda ese pueblo, porque nunca me han llevado – pero lo que quería decir , en resumen, es que les he venido muy bien a los miembros de esta familia. Que sé tratar a cada uno como es y me llevo muy bien con todos. Cuando el ambiente se pone tenso por cualquier cosa, yo soy el punto de distensión, saben que todos pueden venir a mi con la seguridad y la confianza de que yo sé comprenderle.

MI VIDA DE PERRITA FELIZ ... ¿PERRA VIDA?

Aunque soy una perrita pacífica, nada follonera, me molestan algunas cosas de este perro mundo, que para mi es “ humano mundo”. No sé por qué casi todo el vocabulario y todas las expresiones en que aparece de una manera o de otra la palabra perro o aledaños, tienen un sentido peyorativo. Como tengo bastante tiempo libre, sin descuidar nunca mis deberes familiares de los que más arriba he hablado, a veces me da por pensar o me dedico a leer. Perdonen que insista en eso de que soy muy “leída”. Como estos días, además, estoy de vacaciones me he dedicado a consultar varios diccionarios humanos para ver qué dicen de nosotros, los perritos. Abro en primer lugar el diccionario de la RAE (bueno, lo he cogido de la biblioteca de mi amo) y he visto la primera acepción, creo que se dice así, de la palabra “perro” ... ¿ Qué creen ustedes que pone? ¿No lo saben? Pues yo se lo digo:

- **Perro:** 1. adj. coloq. Muy malo, indigno.- Dicho de una persona: Enojada, de mal genio.

¡Vamos, que es para cabrearse! ¡Hay qué ver qué fama tenemos! Me pica la curiosidad y me digo: voy a ver qué dicen de ellos. Y busco la palabra “hombre”. Y miren lo que me encuentro:

-**Hombre:** Del lat. *homo-inis* (ellos sí tienen origen, nosotros, ni eso) Y luego:

1.m. Ser animado racional, varón o mujer

¡ Manda...güebbs! Ellos son los “ racionales”. ¡ Si yo hablara...! Y ¿ “Animados”? ¡Pero si son de lo más aburrido!. Yo sí que estoy siempre de buen ánimo y me distraigo con cualquier cosa. Si les hablara con qué me divierto, de mis juguetes, se quedarían patidi-

fusos. Yo no necesito ni playstations, ni móviles, ni ropa de marca. No gasto nada en maquillajes y cosas de ésas. Mi único gasto “cosmético” es ir a la pelu (mi pelu se llama “*Bonnie & Clyde*” y tengo un peluquero guapísimo , que me quiere mucho). Y no piensen que voy todas la semanas , como otras que yo conozco, sino un par de veces o tres al año porque mis uñas y mi pelo crecen y en verano, necesito estar fresquita.

Algo a propósito de de mis juguetes: una colección de pelotitas de diferentes formas y tamaños , algún hueso de plástico y últimamente un muslo de pollo, también de plástico. Muchas veces juego yo sola y me lo paso pipa. Otras, huelo una pelota que quedó debajo de una cama, de una mesa , o de las estanterías de la biblioteca y empiezo a querer sacarla. Si no puedo, reclamo ayuda con la mirada a cualquiera de la casa y enseguida va en busca de un bastón , un paraguas, alguna regla larga y me saca la pelota, porque ellos, tan racionales y tan listos, ni siquiera sabían que la pelota estaba allí desde hace un montón de días. Ellos, tan “homo-hominis”, sólo ven lo que tienen delante de los ojos pero son incapaces de “oler” una pelota que está escondida en alguna parte. Bueno, a lo que íbamos. Ya ven que soy un poco desordenada, me lío con una cosa y me olvido de lo que les había empezado a hablar: de diccionarios y perros, de expresiones perras o perrunas. Les hablé de la primera acepción de la palabra perro en el diccionario de la Real Academia, y quiero ser justa. En segundo lugar añade lo siguiente, que es casi lo único un poco amable que dicen de nosotros en esos gruesos libros:

- Perro 2.- m. *Mamífero doméstico de la familia de los Cánidos, de tamaño, forma y pelaje muy diversos, según las razas. Tiene olfato muy fino y es inteligente y muy leal al hombre.*

Menos mal que dicen algo elogioso de nosotros. De lo poquito que he encontrado, oigan, porque si echo mano de otro de esos volúmenes, por ejemplo el de la muy ilustre señora D^a María Moliner se contenta con decir:

**Mamífero carnívoros cánidos, domésticos, del que hay infinidad de razas muy distintas entre sí por la forma, el tamaño y el pelaje. (¡Nos ha merengado!) Y el señor Julio Casares idem de lo mismo...*

Pero si les digo la verdad, lo que digan estos señores y señoras me importa un rábano, porque yo sé muy bien cómo soy yo y la mayoría de mis amigos. Y si hay perros que hacen cosas malas, no es culpa de ellos, sino de los “humanos” de sus dueños, que yo no les voy a llamar “perros”, sino “humanos”. Luego todo lo demás que ido recordando o leyendo, más que nada, me ha hecho gracia, me lo he tomado un poco a risa y hasta me ha divertido. He visto que nuestro nombre vale ya para cualquier cosa. Sino miren...

“No me queda ni una perra chica en el bolsillo”, para decir que están sin blanca. O bien: “¡Para ti la perra gorda!” Cuando se encuentran con un pesado y ya no saben cómo quitárselo de encima. Y lo peor es que ni siquiera saben que las perras “chicas” y “gordas” eran una monedas de 5 y 10 céntimos, de cobre, de hace más de un siglo y que ni siquiera llevaban la efigie de un perrito, sino que hacen alusión al extraño león que figuraba en su reverso. Si ya digo que son un poquito ignorantes... Y si seguimos de broma, para no enfadarnos demasiado, ¿Qué les parece eso del “perrito caliente”? Cuando lo comento con mis amigos los perritos, sobre todo con “Marzo”, que es muy amigo mío, pone cara de pícaro y se sonríe... Le hace gracia que llamen así a un bollo untado con ketchup y mostaza con una mísera salchicha dentro. Y se acuerda de aquel chiste del lepero que veía por primera vez a un señor vendiendo “perritos calientes”.

- ¡Oye! Dame un perrito caliente!

El hombre le dio la salchicha metida en el pan y le dice el lepero

- ¡Coño! ¿No tenías otra parte mejor?

¿Y qué me dicen del dicho ése de “atar los perros con longaniza”, para expresar lo rumbosos y espléndidos que pueden llegar a ser? Además no saben que esa idea se le ocurrió a una obrera que trabajaba en una fábrica de embutidos en Candelario, bonito pueblo de Salamanca, y que apremiada por las circunstancias y teniendo que atar a un perrito faldero a la pata de un banco no encontró correa más a mano que una ristra de longanizas. Enseguida se corrió por todo Candelario, ya sabe cómo son las gentes de los pueblos, que en casa de Constantino Rico, alias el chorice-ro, ataban a los perros con longaniza.

Si les cuento todo esto, es porque no quiero tomarme demasiado en serio la mala imagen que los canes (¿a qué soy fina?) tenemos entre los humanos y que se sirvan de nuestro nombre para designar a una “*prostituta*”, con todos mis respetos para esas señoras, a un “*infiel*”, las gentes de otro credo claro, o a una “*persona mala o despreciable*”, siempre desde el punto de vista del que trata de insultar. Yo que no soy “perro viejo”, sino una perrita aún joven y de muy buen ver, quiero recordar aquí con ternura una historia que un día leí: Un perro, ya mayor, escribió esto a su amo:

“Aquí estoy, tirado en un rincón. Sobre el charco de orín que yo mismo he provocado y que vos estáis cansado de limpiar.

Las moscas sobrevuelan mi comida, desde ayer que la pusiste en el plato...es que ya no tengo hambre... ni ganas de levantarme...estoy todo el día echado...y casi sin moverme.

Me siento cansado. Aunque no hago nada, igual estoy cansado. No sé, pero siento que me pesan los huesos. Y eso que estoy tan flaco que tan sólo el cuero me sostiene. Pero por sobre todo estoy triste. Pero no tanto por mí, que me veo así como un trapo viejo. No. No más que nada por vos ¿sabéis?. Ya no me prestáis atención y que veo que cada vez te molesto más.”

Pero como no quiero terminar tristemente este capítulo de mi “Vida de una perrita feliz”, y yo nunca estoy de “un

humor de perros”, porque mi humor de perro es muy alegre, les comentaré otra expresión referida a nosotros que me parece injusta y que indica lo poco que nos conocen los que se llaman hombres, humanos.

Me refiero a ese dicho que dice *“llevarse como el perro y el gato”*. Y perdonen que una vez más haga referencia a una experiencia personal. Han de saber que mi mejor amigo en estos 5 años de mi feliz vida, ha sido un gato. Sí, como lo oyen: un gato. Se llamaba “Calcetines”, digo se llamaba porque, aunque le advertí mil veces que tuviera cuidado con los coches “humanos”, un día saltó el seto del jardín y le atropelló un coche. Pasé unos días muy malos, muy triste, y siempre que salía al jardín miraba entre los arbustos, a veces en las ramas de los árboles, con la esperanza de encontrarle. No me hacía a la idea de no volver a verle, de no poder jugar con él, de no verle tumbado panza arriba moviendo sus patas rayadas, que parecía que llevaran calcetines, esperando a que yo me acercara y le arrimara mi hocico. Otras veces, cuando él hacía ademán de correr yo iba tras él y algunas veces se asustaba, porque yo era más grande que él y le daba un poco de miedo. Pero enseguida se le pasaba el susto y volvía a tumbarse en la hierba del jardín y éramos muy felices. Nos llevábamos muy bien: como el perro y el gato más amigos del mundo.

Bueno, a lo mejor otro día, sigo comentándoles toda la leyenda negra que existe sobre nosotros.

LA HISTORIA DE “ San Perro Amarillo”

Hoy les voy a contar una historia que he leído y me ha conmovido . Si un día me decido a contar la "hagiografía" de los perros , o sea la vida de los perros "santos" , empezaré por cambiarle el nombre y como perro en griego debe decirse *kyon*, podía llamarla «cinografía», o algo así. Sí no me miren así, Diógenes de Synope, se llamó a sí mismo «el perro», y sus seguidores, *kynikoí*, o sea los cínicos, que tiene una significación mucho más amplia que la que en la actualidad damos a esa palabra y significa una actitud entre jocosa y desesperanzada sobre la vida.

En ese libro incluiré la historia que les voy a recordar y su protagonista formará parte de mi santoral de perros mártires. Se titulará "**Vida y muerte de S. Perro Amarillo, mártir de la Inquisición.**"

Pues sí señores, como me ha dado por leer cosas sobre mis congéneres, me he topado esta conmovedora historia. Los hechos ocurrieron allá por el año de 1643, en Antequera, pero no en la Antequera que ustedes se piensan, sino en México, donde existe una ciudad del mismo nombre, en el estado de Oaxaca. Y en esta ciudad hay una calle que se llama la del *Perro Amarillo* , de ahí mi interés por saber el porqué de ese nombre.

Pues a esa ciudad había llegado un portugués, natural de Lisboa, llamado D. Pedro de Oliveira y Badillo, que era un tipo algo misantrópico pero muy generoso , por lo que era muy querido por la gente sencilla, no tanto por los que se dedicaban a la misma industria que D. Pedro. Porque han de saber ustedes que este industrial portugués ,que se dedicaba a la minería, se había hecho rico porque había introducido unos métodos muy modernos para sacar más rendimiento en su negocio. No me pregun-

ten en qué consistía el método, porque yo soy una perrita y a mí lo que me interesan son los detalles humanos o perrunos y no la técnica. La cosa es que él había simplificado la cosa y había conseguido aumentar los rendimientos de su industria minera con menos pérdidas. Claro, esto había puesto de los nervios a sus rivales en el negocio.

Por aquellas fechas, como ya saben ustedes, la Inquisición estaba en pleno apogeo y los autos de fe servían de macabra diversión y severo aviso a los que se desviaban de la fe oficial. Total que sus enemigos, tratando de buscarle las cosquillas al portugués, y como era hombre misterioso, callado, aunque religioso y generoso con curas y conventos, empezaron a propalar la idea de que se dedicaba a realizar prácticas condenadas por la Iglesia. Le acusaron de herejía y decían que era como uno de aquellos alquimistas de la Edad Media que se dedicaban a buscar el secreto de la piedra filosofal.

Un día que D. Pedro dormía tranquilamente acompañado por su perro, un mastín amarillo que seguía a su dueño en todo momento, oyó en el silencio de la noche delante de su mansión un estruendoso:

- " ¡Abrid al Santo Oficio! " (¡Jolín con el nombre, pues vaya oficio!)

Total que mi amigo, al oírlo les soltó un ladrido que asustó al alguacil y a todos los esbirros que le acompañaban. Pero puestos del primer susto, con una viga, forzaron el portón y penetraron en la mansión de D. Pedro. Entonces mi colega para defender la casa de su amo se dedicó a soltar dentelladas en sendas pantorrillas dejando las calzas de los corchetes hechas trizas. Bien empleado lo tenían. Pero como estos señores son miedosos y muy burros cogieron sus picas y un lazo e inmovilizaron a mi amigo y empezaron a registrar toda la casa. Lo único que hallaron fue unas cuantas retortas y crisoles y dos o tres probetas, suficientes para que el Santo Tribunal le acusara de dedicarse a

"prácticas demoníacas".

Sabiendo lo que le esperaba D. Pedro se vió obligado a huir sin su perro, por miedo a ser reconocido. Cuando aguaciles y corchetes volvieron, se encontraron que el pájaro había volado. Enfurecidos, la emprendieron a golpes y patadas contra el pobre mastín, conduciéndole de ese modo hasta el edificio de la Inquisición.

Aquella mañana de abril toda la ciudad se despertó sobresaltada por el ruido de trompetas y tambores que precedían al pregonero que, cada dos calles, hacía saber a los habitantes de Antequera que aquella misma tarde se lo podrían pasar pipa asistiendo a un singular auto de fe. Delante de la misma casa del portugués habían levantado una pira y un tablado, nada flamenco, para que se acomodaran las autoridades civiles y eclesiásticas que presidirían tan ejemplar espectáculo.

Ahí pueden ver ustedes la comitiva de alguaciles armados de picas y detrás el corchete con una imagen de D. Pedro y a mi pobre amigo al que le habían enfudado el sambenito de los condenados. Mi entrañable compañero - se me saltan mis lágrimas de perrita - caminaba humildemente en un estado lamentable al que le habían reducido los golpes y el ayuno. Detrás, un dominico con un enorme crucifijo y a continuación corregidores, priores y el Comisario de la Inquisición con el pendón, nunca mejor dicho, de la fe. No faltaban tampoco en la comitiva otros miembros del cabildo y miembros de las diversas congregaciones de la ciudad y por supuesto la chusma que suele cerrar siempre semejantes festejos.

Una vez llegados ante la pira, el fiscal del Santo Oficio, ¡dios qué oficio! leyó la inquisitorial denuncia que mi amigo escuchó sin entender ni una papa, la mirada perdida y asustada. Sólo oyó el principio "*Cristo nómine invocato, fallamos...*" Y el final: "*Y por esta nuestra sentencia definitiva juzgando así lo pronunciamos y mandamos en estos escritos*". Terminada la lectura de la sentencia, colocaron la

efigie de D. Pedro y a mi amigo en la pira, y el fiscal dio la orden de encender la hoguera. Mi compañero trataba inútilmente de librarse de la cadena que lo ataba. Impotente, lanzó un espantoso y prolongado aullido, como si con el mismo tratara de pedir al dios de los perritos justicia ante tanta barbarie, dicen que humana...

Perdonen que me ponga tan triste. Pero se me ha puesto un nudo en la garganta, se me ha paralizado la mano y casi no puedo escribir. Sólo sé que durante muchos años , hasta que el cura de Jalatlaco exorcizó aquel lugar , se oía aquel siniestro y prolongado aullido al filo de la media noche y aparecía la figura del mastín llenando de miedo y de zozobra a los moradores del contorno. Y por tal razón llamaron a esa esquina "*El Perro Amarillo*".

Era el primer perro mártir de la Inquisición: "*S. Perro Amarillo*". Y yo, a partir de esta noche, antes de dormirme, voy a rezar mis oraciones de perrito para que él proteja a todos los perritos desvalidos y maltratados.

YO "VEO" CON MI OLFATO

Hoy he tenido que explicarle a mi papá -me gusta más llamarle así que "dueño" - cómo es mi mundo de sensaciones. Le he dicho que si de verdad quiere entenderme, conocerme, debe preguntarse qué siento yo y cómo percibo todo lo que me rodea. Él, como "humano" - es decir, torpe - aunque sé que me quiere , no acierta a explicarse algunas reacciones mías que para mí y mis congéneres son lo más natural del mundo.

Por ejemplo, cuenta a quien quiere oírle - y lo dice muy orgulloso - que no se explica cómo, a veces, cuando yo regreso a casa de algún paseo y él ha estado ausente durante varias horas, yo soy capaz de saber que ya ha llegado. Lo sé antes de entrar en el portal y eso que nosotros vivimos en un cuarto piso y ya en el ascensor me muestro impaciente , entro en casa y voy corriendo a saludarle. Sé que le gusta mucho y a mí también me gusta darle la bienvenida para que me acaricie. Se le cae la baba.

He tenido que explicarle que para mí eso no tiene ningún misterio ni significa nada extraordinario. Él, que está aprendiendo ahora conocer un poco mejor el mundo de los perros porque yo se lo estoy explicando, no sabía que yo tengo 40 veces más células olfativas que él. Ha abierto unos ojos como platos cuando le he dicho que si él tiene 10 millones de células olfatorias, yo poseo 200, millones, claro. ¡Toma castaña... o células! Como le gusta mucho el mundo de los ordenadores he tenido que hablarle en su lenguaje. Le he dicho que mi cerebro posee un disco duro de muchos gigas donde registro las emanaciones especiales de cada emisor, de cada cosa que presente una peculiaridad olfativa, que mi tejido sensible a los olores es tan extenso como mi piel, mientras que el de los humanos no sobrepasa los 4cm cuadrados.

¡Lo que le estoy enseñando!

Se maravilla y no para de preguntarse, por qué en cuanto salgo agacho mi cabeza, pego mi nariz al suelo y "leo" todo lo que ha pasado por allí, porque yo "veo" con mi olfato. Sé qué amigo mío ha pasado por allí, dónde ha dejado su "recado" para mí y sonrío cuando sé con qué intención me ha dejado su mensaje. Nosotros no necesitamos móviles. A veces estoy tan contenta con lo que "veo" que me revuelco en la hierba y la gente se sonrío viéndome dar patadas al aire de puro gusto y no comprende nada. ¡Qué la vamos a hacer si no son capaces de entender cómo disfrutamos los perritos! No saben que nosotros somos capaces de saber a través de nuestro olfato sus emociones. Que sabemos cuando sienten miedo, porque se lo "olemos", olemos su adrenalina, olemos su miedo.

Como olemos otras cosas. Por ejemplo, mi papá que anda estos días preocupado con su próstata, no sabe que en lugar de ir al urólogo o al radiólogo para que le haga "humanerías", podía fiarse de mi que soy más exacta que cualquier ecografía.

En esta tarea de darle a conocer cómo soy, cómo yo percibo el mundo y los seres que me rodean, debo explicárselo todo porque no tiene idea. Le ruego que me mire atentamente, que se fije en la posición y la forma de mi nariz. Que preste atención a mi trufa y se pregunte por qué debo tenerla siempre húmeda, a veces goteando un poquito. Le digo que la mucosa de mi nariz dispone de unas células que son las encargadas de "comprender" los olores, esos olores se disuelven en este agua para que yo pueda entender los mensajes que me envían. Él me mira, pone cara de "enterao", pero sigue sin creérselo y se sonrío pensando que le estoy soltando un rollo.

Insisto en que se siga fijando en mi nariz, trato de explicarle que el aire que por ahí penetra se separa en dos corrientes. La primera va hacia los pulmones, como ocurre con su narizota y me sirve para respirar, la segunda corriente se dirige directamente a las células olfatorias y me sirve para reconocer los diferentes

olores y sus matices. Y sigue mirándome con la misma cara de abobado.

Se extraña mucho, cuando por ejemplo, como esta mañana, nos encontramos dos perritos y empezamos a olerlos los “bajos fondos”. Él, con su mentalidad de humano y de hombre, se pone a pensar en picardías como si fuéramos “obsexos” o unos cochinos. Para no parecer demasiado pedante no le hablo de feromonas, porque lo mismo piensa que me drogo, ni de glándulas perianales y la importancia que tienen para nosotros como fuente de información. Nosotros no tenemos DNI, ni llevamos en la cartera tarjetas de visita donde ponga: “Sta. Douce TIER-NO, perrita, Psicóloga” . Si nos olemos la «retaguardia» es para conocernos mejor y obtenemos más datos que con un simple trozo de papel. Sabemos si es pero o perra, si es bueno o malo, conocemos su carácter y cómo comportarnos con el desconocido. ¡ Ay, Señor, qué torpes son a veces estos humanos!

Si ellos tuvieran tan desarrollado el sentido del olfato nos mirarían todavía con más aire de superioridad y serían aún más inaguantables. Sin embargo encuentran natural que nosotros les ayudemos a buscar a personas desaparecidas oliendo simplemente alguna prenda que les pertenezca. Les parece que no hacemos una cosa del otro mundo cuando les indicamos dónde se encuentran sepultadas bajo los escombros o les ayudamos a localizar dónde se ocultan las drogas o hallamos los explosivos escondidos. Y ya no hablo cuando les levantamos las liebres o les traemos las perdices a domicilio. Teleperdiz, a su servicio.

Le he hablado del olfato, pero podría hablarle también de mi finísimo oído. Se extraña que sepa cuando vuelve a casa, antes de que él haya introducido la llave en la cerradura. Le había oído antes de que abriera la puerta del ascensor. No le he hablado de frecuencias ni de ultrasonidos, porque el pobre es de letras y todo eso le suena a chino. Para que me entienda , tengo que decirle que soy capaz de oír sonidos que él no es capaz de percibir – bueno, la verdad es que también está un poco teniente – que

reconozco el ruido de su coche, de su voz. Es más, si seré lista, le reconozco perfectamente, por el tono de su voz, si me está dando una orden, simplemente oyendo el matiz de su “*¡no!*”, o lo que quiere decirme con un “*¡ven aquí!*”, o “*al agua, Douce*”. Basta que yo oiga eso para que me esconda debajo de la mesa, hasta que haya pasado el peligro de ir al baño, aunque no siempre me libro.

Como le veía algo cansado con mis explicaciones –es que no aguanta nada- no le he hablado hoy de mi vista, de mi tacto o de mi gusto... porque el gusto es mío. A lo mejor otro día se lo recuerdo. Seguro que se reirá un poco cuando hablemos de colores porque él es daltónico y tiene más problemas que yo con el rojo.

DERECHOS CANINOS

Hoy me ha dado por reflexionar un poco sobre nuestros «derechos civiles», en este mundo regulado por los que se llaman humanos. Y la verdad que he llegado a la conclusión de que si algún día nosotros tuviéramos la tentación de organizar el mundo a nuestro modo, que no la tendremos, no les pondríamos tantas trabas. Se diría, que después de miles de años conviviendo, no hemos avanzado demasiado.

Como últimamente leo bastante me he enterado que llevamos conviviendo juntos desde el Paleolítico, que debe de ser un tiempo muy, muy remoto, cuando aquellos habitantes de las cavernas se cansaron de salir a cazar y empezaron a pensar en tener la caza al pie de casa, perdón de cueva. Un día que quisieron hacerse con alguno de mis antepasados - «*lupus*» - se dieron cuenta que los mayores mordían, si pretendían privarles de su comida. Entonces, pensando, pensando - algunas veces piensan - llegaron a la conclusión que era mejor coger algún lobezno, conocer sus cualidades, y ver que no sería difícil enseñarle a convivir. Supondría tener una ayuda valiosa para cuidar de otros animales y al mismo tiempo servirle de excelente compañía.

Hay algunos que piensan que fue al revés, que podrían haber sido aquellos cánidos salvajes los que habrían enseñado a los hombres a «convivir» y «compartir» los recursos necesarios para la supervivencia de ambos. ¿No recuerdan ustedes la historia del zorro y el Principito que cuenta tan hermosamente Saint-Exupéry? A mi siempre me ha gustado mucho.

Cuando el Pequeño Príncipe después de haber caído en el

desierto llegó a un lugar más habitado de la Tierra se encontró con el zorro. En realidad en mi teoría, ustedes pueden tener la suya por supuesto, fue el zorro el que «domesticó» al Principito, que no tenía ni idea de lo que había que hacer para llegar a ser amigos. Y más que amigos, hacerse indispensable el uno para el otro.

- «*Apprivoise-moi*», repetía el zorro. Sé un poco paciente conmigo. Siéntate ahí, sin hablar, primero un poco lejos, porque aun no estoy domesticado, luego poco a poco iremos acercándonos . Yo sabré a qué hora sueles llegar y estaré impaciente y nervioso hasta que aparezcas y me sentiré triste cuando te vayas. Y si un día desaparecieras por completo, de todas maneras yo habría salido ganando, «*por el color del trigo*», que me recordaría tus cabellos y los momentos vividos. ¿Sabes? Lo esencial es invisible para los ojos. Sólo vemos con claridad cuando miramos con el corazón. Todo eso tan bonito dijo el zorro.

Pues yo pienso que algo así debió pasar entre mis antepasados y los hombres. Fueron los cánidos los que les enseñaron lo bien que les sentaría a los dos la convivencia y que, si sabían entenderse, crearían lazos más fuertes que los de un simple compromiso. Nosotros no les íbamos a exigir nada , ni íbamos a imponerle condiciones con tal de que nos quisieran un poquito.

Pues mira tu por dónde, se diría que este milenario y tácito acuerdo, se les ha olvidado a los descendientes de los antiguos cavernícolas a quienes enseñamos a ser más civilizados. Y a medida que se han hecho más ricos en cosas materiales, se han hecho más pobres en sentimientos y no hacen más que ponernos trabas e impedimentos como si les molestáramos.

Perdonen que les hable una vez más de mí, pero es que no quiero andarme por las ramas y quiero decirles algunas de las cosas que me molestan o me parecen injustas, abusivas. Por ejemplo, a los perritos nos gusta a veces sentirnos libres, aunque también sabemos obedecer y lo hacemos encantados si saben man-

darnos. Pero a mi me molesta que sin ir más lejos en los alrededores de mi casa que hay zonas verdes y árboles por donde no pasea mucha gente, hayan puesto un cartelón así de grande que pone: «**SUeltos, NO .El Ayuntamiento**». Por supuesto se refiere a los perros, no a los concejales, pero no sé yo quiénes son más peligrosos. A lo que iba, a mi molesta que yo no pueda oler a mis anchas , poder ir de un sitio para otro siguiendo las pistas que otros perritos me han dejado . Me obligan a ir atado por narices, bueno, por el cuello. Si yo no voy a molestar a nadie, sólo saludaré a los amigos como solemos hacerlo u oleré a mis anchas.

Otro detalle, también muy personal. Yo disfruto muchísimo en la playa. En invierno no hay problema , porque ellos no las frecuentan y sólo van a tumbarse en la arena y tomar el sol en verano. Existen playas para naturistas, zonas reservadas para juegos, hasta emplazamientos para chiringuitos horribles, y partes acotadas para el alquiler de toda serie de artilugios. Para los que no hay ningún sitio reservado es para nosotros, no hay playas dónde podamos acudir y podamos convivir con otros perritos y sus amos a los que no les molesta que escarbemos en la arena, nos revolquemos un poco, o simplemente descansemos. La playa que mejor conozco, en realidad es una pequeña cala, donde no acude demasiada gente por estar un poco apartada, todos los sábados, domingos y lunes , cuando me paseo por allí temprano me la encuentro hecha un auténtico basurero: bolsas de plástico, botellas de vidrio o de plástico, «tetrabiques» y cosas que aún huelen peor y no quiero describir aquí por respeto a mi olfato y al suyo. A los que ensucian de este modo, al parecer, no les ponen multas, ni tampoco aconsejan que vayan atados. Nadie les dice cómo deben respetar la playa que es de todos, sin embargo, si encuentran alguno de nosotros, suelto o atado, enseguida aparecen los policías o algún “amable” bañista da el chivatazo con su móvil, para que nos pongan 60 Euros de multa por turbar la tranquilidad pública.¿Será mucho pedir, señores alcaldes o quién sea, que haya alguna playa reservada, no concurrida, para que perritos y sus amos podamos disfrutar de algo que nos gusta?

Porque han de saber que yo también pago mis impuestos. Los humanos llevan su DNI de plástico, a mí me exigen que lleve un microchip, que tengo que pagar y encima me lo incrustan en el cuello. Los políticos, en cuanto a nosotros se refiere, legislan con los pies, nos culpabilizan de todo como si fuéramos nosotros los culpables y no los que nos adiestraron o nuestros propios amos. Sólo les interesan los votos, y como nosotros no votamos... ¿Se imaginan cómo cambiarían las cosas si el censo de perros tuviera la posibilidad como esos que ellos llaman “colectivos”, es decir paquetes de voto: los jubilados, los jóvenes, las mujeres que sufren malos tratos, los emigrantes, las parejas de hecho y demás etcéteras? Estoy pensando en crear el MLC (Movimiento de Liberación Canina) para ver si así nos hacen un poco más de caso.

Si nos obligan a pasear siempre atados ¿Por qué no obligan también ir bien amarrados a los que se dedican a romper papeleras, bancos de madera o arrojarlos a la playa, como yo he visto, a los que llenan de botellas, de vasos de cristal o de plástico las calles y las plazas donde arman las broncas las noches de los viernes o los sábados? ¿No serían ellos los que de verdad deberían ir atados cuando salgan de fiesta?

Ya sé que los medios de comunicación, sobre todo cuando no tienen cosas más interesantes que contar, les gusta hacer hincapié en las noticias en que un perro ataca a un niño. Aunque en la Facultad les enseñaron de que no es noticia que un perro muerda a un ciudadano, que la verdadera noticia sería que un hombre le diera un bocado a un perro. Bueno, en realidad de eso ya se encargan los políticos, legislando como lo hacen para apaciguar a la opinión pública alarmada por tanta noticia inflada. Como dice un señor que yo conozco, que es veterinario y que nos conoce un poco mejor que esos señores sentados en los escaños. Le cito porque no quiero apropiarme de sus palabras: “*Las legislaciones deberían salir a la luz pública con alguna intención más profunda que la de apagar las llamas informativas ... deberían salir a la luz para solucionar problemas ¡Bonita utopía!. A nuestros políticos (con ‘excep-*

cionales excepciones') los problemas de nuestros animales de compañía les importan 'un pito', les da absolutamente igual... ¡Qué pena!"

Bueno, perdonen que me haya alterado un poquito. Aunque a veces me vean hablar así cuando se trata de estos temas, yo soy una perrita muy pacífica, nunca he mordido a nadie y si lo hago es con mi papá, jugando, y sé cuánto tengo que apretar para no hacerle daño, pero me encanta darle cariñosos mordiscos. También me gusta morder mis juguetes, mis huesos de pollo, mis muñecos o mis pelotas de goma. Me encanta poder darles pequeños mordiscos mientras los sujeto o muevo con mis patas.

Pero vamos a terminar esta crónica reivindicativa de los derechos caninos con una sonrisa, o más bien con un sueño. Soñaremos que allá, para el próximo milenio, habrá playas con tumbonas para perros, tendrán parques especiales donde poder correr libremente y oler a sus anchas, podrán pasear tranquilamente sin que nadie se sienta molesto o tenga que cambiar de acera para no cruzarse con uno de nosotros. Entonces todos los propietarios de perros, los criadores, los adiestradores, los educadores y los veterinarios serán verdaderos profesionales y habrán aprendido y enseñado a entendernos. Ya no se regalarán perritos en Navidad, si es que entonces la celebran, como si fueran juguetes para dejarlos en cualquiera cuneta en las siguientes vacaciones de Semana Santa, o como se llamen entonces. Total, ¡Cuesta tan poco soñar con un mundo más feliz que el del señor Huxley!

MIS PASEOS

Alguien me ha escrito últimamente diciéndome que le gustaría saber algo más de mi vida. En ello estoy, les aseguro que vivo muy feliz y me considero una perrita afortunada. Desde luego mi vida no tiene nada que ver con eso que los humanos llaman «*vida perra*», y sigo sin saber por qué la llaman así, o preferiría no saberlo. Mi vida nada tiene que ver con esas exclamaciones tuyas «*¿Hay qué ver qué cosas pasan en esta «perra vida!»*» La única coincidencia que puedo encontrar es que mi vida también empieza por **p**... y no me sean ustedes mal pensados, que les veo venir, ¡malpensados!. Lo que yo quiero decir, en todo caso, es que llevo la «*vida p....adre!*»

Les voy hablar, por ejemplo, de mis paseos. Me gusta muchísimo pasear y me considero una perrita privilegiada, porque conozco amigos míos que se pasan el día encerrados en un garaje o atados, esperando a que sus papas vayan a visitarles y echarles la comida. A otros, apenas les sacan a pasear una vez al día. Yo tengo la fortuna de salir varias veces al día, dos, tres...hasta cuatro, si cuento la breve escapada de la noche para depositar la basura y de paso echar algún que otro olfateo. Me encanta sobre todo el de la mañana, algunos días tiene que ser breve, si mi papá o quien me saque tiene que acudir a su trabajo. Además enseguida sé cuándo me toca salir, tengo mis trucos para ello. Lo noto si mi papá se cambia de ropa y sobre todo si se pone otro calzado. Otras veces, si ando perdida por cualquier habitación o estoy sentada en mi rincón preferido, me doy cuenta al oír el ruido de las llaves o simplemente al ver recoger mi arnés de donde está colgado.

Tengo varias maneras de manifestar que estoy contenta. Unas veces empiezo a dar vueltas haciendo «eses» por entre las

piernas de mi papá mientras se calza los zapatos. Reconozco que a veces de puro contenta me pongo algo pesada y no le dejo atarse los cordones. Otras, cuando le veo descolgar el arnés, empiezo a dar saltos increíbles y casi le llego hasta la cara con los brincos que doy. Me pongo muy nerviosa, se me acelera la respiración, resoplo, o emito un curioso sonido de alegría que suena algo parecido a «¡guayyyyy!», cuando veo que por fin se abre la puerta del ascensor.

Ya en el portal, espero impaciente a que me abran y salgo disparada y oteo el horizonte para ver si diviso algún amiguito o amiguita, luego empiezo a husmear y oler la hierba. Ya les he dicho que en los alrededores de mi casa hay una zona verde, arbolada, yo arrimo bien mi hocico al suelo y empiezo a olerlo todo. Hago un recorrido que yo sólo conozco, voy leyendo los últimos mensajes de mis amigos y sé qué dice cada uno de ellos. A veces, cuando encuentro alguno que me interesa más, yo también dejo mi recado y digo a mi amigo que he pasado por allí y que me ha gustado reconocerle.

En ocasiones, como esta mañana, tengo la suerte de encontrarme con alguno de ellos. Le veo aparecer con su dueña, nos paramos y desde lejos nos miramos durante un rato. Luego, una vez él, otras yo, empezamos a acercarnos, nos olemos para saber cómo estamos y empezamos a jugar. De repente, él se aleja un poco, levanta su patita y deja su tarjeta de visita como diciendo «*soy Nagiy, este trocito de hierba es mío*». A mí me hace gracia esa manera tan rara que tiene de «escribir» y sobre todo la importancia que le da a eso de «*este trocito de hierba es mío*» y lo chulo que se pone. Pero a mí me gusta que lo haga para mí. A veces nos cuesta separarnos, entonces nuestros papás nos tienen que decir que el juego se ha terminado y, como al parecer ellos siempre tienen cosas «más importantes» que hacer, nos cortan lo que para nosotros es de verdad importante.

Estos son los paseos cotidianos. Pero a menudo, cuando mi papá o mi amo «oficial» tienen tiempo me llevan en el coche

hasta alguna playa. Estos paseos también me molan. Yo suelo instalarme muy seria en el asiento trasero del coche y voy mirando por la ventanilla todo lo que se ofrece a mi vista porque soy muy curiosa. A veces, cuando nos paramos ante un semáforo y tengo un coche a mi lado, observo a la gente que va dentro, sobre todo si van niños. Yo les miro , ellos me miran y sonrían . No entiendo por qué se extrañan de que una perrita sienta curiosidad por lo que ve en su entorno.

Cuando llegamos a la playa y el coche se detiene de nuevo, siento la impaciencia y las ganas de salir. Espero ansiosa a que por fin mi papá termine de prepararse, abra el maletero para coger mi correa y se decida a abrirme de una vez la puerta. Salgo de un salto y de nuevo empiezo a oler para saber dónde estamos. En invierno solemos ir a una playa que a mi me gusta mucho , que llaman «El Camello», creo que la llaman así porque hay una roca que tiene una forma parecida a ese animal. Pero en realidad se parece más a un dromedario que a un camello, porque sólo tiene un giba y los camellos, que yo sepa, tienen dos chepas, pero como ellos son los «enterados» yo no quiero llevarles la contraria . A mi lo que me interesa es darme largas carreras por la playa, revolcarme un poco algunas veces o también , si me apetece, hacer hoyos en la arena ,para mantenerme entrenada y hacer como hacían mis antepasados que tenían que ganarse la vida.

Me encanta la playa ,sobre todo en invierno, porque puedo correr y disfrutar a mis anchas. Os podría hablar de todas las playas que conozco, pero no quiero aburriros con nombres. Sólo os voy a nombrar mis dos playas preferidas El Camello y Los Molinucos: la primera durante el invierno y la segunda, cuando puedo, en verano. Las demás, si venís por Santander también puedo enseñáros las. Yo prefiero las playas apartadas , donde no hay mucha gente, aunque en verano a veces es difícil encontrarlas, por eso aprovechamos los días que aparece un poco nublado y la gente se queda en casa. Otro día, al hablar de mis juegos o de mis gustos, os contaré qué me gusta o lo que no me gusta hacer en la playa.

EL VACÍO DE LA AUSENCIA

Hoy he notado a mi papá con cara de preocupación. Le he preguntado qué le pasaba, pero al principio no ha querido contestarme. Me decía. « *No te preocupes Douce, no me pasa nada*». Pero como yo soy una perrita psicológica , quiero decir, psicóloga, sé que cuando dice eso , es que algo le preocupa. Así que insistí porque era la forma de averiguar la verdad, la causa real de su preocupación.

Enseguida me explicó el porqué. Resulta que César, mi amo, tiene desde hace algunos días un sarpullido en la piel y le pica. Ha ido a un dermatólogo, de esos que saben muy poco, le ha recetado una pomada pero no le ha hecho mucho efecto. Esta mañana decidió ir a un alergólogo, no sé si estos saben algo más, pero por lo menos te pinchan , examinan la reacción , ponen cara de enterados y luego te dicen: «*Tiene alergia a los ácaros, al polen y a los animales domésticos*». Y se quedan tan anchos. Además le ha colocado unos botoncitos metálicos en la espalda para ver las causas del sarpullido de la piel.

Yo le he preguntado si es por lo de las alergias a los animales domésticos por lo que estaba preocupado. Me ha respondido con un sí lacónico, que no me ha dejado demasiado convencida. Así que he tenido que insistir de nuevo, diciéndole que no me estaba diciendo toda la verdad. Y al final me ha contado lo que de verdad le preocupaba. Me ha dicho que la verdadera razón de la cara de preocupación que me notaba se debía a otra causa.

- «¿Cuál?», le he preguntado.

« *Pues mira, Douce, lo que en realidad me causa tristeza por dentro no son las alergias de César, sino el pensar -sólo pensarlo- que por alguna razón tuviera que perderte*». Luego ha añadido que estuviera tranquila,

que no debía preocuparme, que sólo era algo que le había pasado por la cabeza. Pensar que algún día, por cualquier causa, tuviéramos que separarnos. Yo también me he puesto algo triste, porque también a mi me dolería muchísimo perderle a él, perder a mi familia o, que por cualquier motivo, no pudiera estar con ellos.

Sé que no va a ser verdad, que encontraremos la manera de seguir como estamos. Si es necesario me bañaré más a menudo para no criar caspa, iré a la pelu las veces que haga falta para tener el pelo cortito... ¡Qué sé yo, haré lo que haga falta! El me ha dicho, bajito, que no me preocupe que antes que tener que irme yo, buscaría un lugar para César.

Pero esta posibilidad de tener que separarnos ha trabajado a mi cerebro de perrita y hasta me he dado cuenta que soy emocionalmente más fuerte que mi papá. Aún sintiéndolo muchísimo y muy dentro, en el caso casi imposible de que tuviera que ser yo la sacrificada, acabaría aceptando la situación más «racionalmente» que él. Sé que lo pasaría muy mal sin mí. Sé que se atormentaría mucho y estaría todo el tiempo echándome de menos. Se preguntaría a cada momento qué haría, dónde me encontraba, cómo lo estaría pasando. Sé perfectamente el vacío que sentiría en su interior. Entonces, tendría que ser yo, una perrita, quién debería enseñarle cómo se colman los vacíos que nos va dejando la vida, sobre todo, los vacíos que dejan los sentimientos.

Tendría que enseñarle cómo hay que saber seguir viviendo, incluso cuando sentimos que algo que nos llenaba por dentro, ya no está, ya no puede estar. Siendo yo una perrita, he tenido que enseñarle a él, que se hombre, maduro y humano, cómo se debe seguir viviendo aunque sintamos el vacío que dejan los sentimientos. He tenido que ser yo, una fémina canina, la que he debido explicar que el vacío que dejan los sentimientos que no están, siguen estando de una manera misteriosa, diciéndonos al oído del corazón: « *Escúchame bien, quiero que sigas viviendo. No te preocupes por mí, que yo también sabré hacerlo.* »

Me he tenido que tragar mis propias lágrimas al decíselo, sentía también un gran nudo en mi garganta mientras le hablaba, y me he dado cuenta que sé quererle mejor que él me quiere a mí. Porque en el fondo soy más generosa, más madura, más fuerte, emocionalmente habalndo, aunque sólo sea una perrita. O quizá precisamente por eso, porque sé lo que es un amor de perrita.

LAS COSAS QUE NO ME GUSTAN TANTO

Hasta ahora les he hablado de las cosas que me gustan; mis paseos, la playa, mis juegos y algunas cosas más, de las que todavía no les he contado. Pero no les he dicho nada de aquellas cosas que no me molan tanto. Tampoco vayan a creer que soy demasiado caprichosa o testaruda. Siempre acabo haciendo caso a mis papás o a mis hermanos, porque me gusta obedecer y respetar a los que me mandan, eso forma parte de nuestras costumbres caninas.

Les hablaré, en primer lugar, de mi miedo inicial al agua. Dicen que soy una mezcla de perro de aguas y de alguna otra raza que el veterinario no sabe muy bien definir. Tengo algunos rasgos bastante claros de perrito de aguas, sin embargo he de confesar que no me gusta demasiado, ni en forma de lluvia, ni la de la bañera de casa o la del mar. En principio soy reacia a entrar en contacto con el agua.

Les cuento. Los días que salgo a la calle para mi paseo matutino, si veo el cielo cubierto y noto las primeras gotas de agua, me resisto a salir, me hago la remolona y me quedo en el patio de casa, a cubierto. Huelo los recados que han dejado los gatos que merodean por el jardín y algunas veces asomo un poquito el hocico fuera para dejar también mis mensajes.

Les he hablado también de que mi primer impulso cuando oigo “*¡Douce, al baño!*”, es correr como perrita que lleva el canino diablo y buscar el primer refugio que encuentro. Normalmente voy al salón y me escondo debajo de las faldillas de una mesa para que no me vean. Allí me siento segura y espero a que escampe. Otras veces, me meto debajo de cualquier mesa, de la cama o en cualquier otro sitio. Así, me siento fuera del alcance de las manos

que quieren llevarse , en este caso, el perro al agua. Alguna vez me dicen “*¡Douce, al agua!*” solamente para ver cómo reacciono, pero la mayoría me toca ir, un poco a regañadientes, al baño. En verano ni siquiera necesito que nadie me diga nada. Al llegar de la playa, si vengo un poco sucia, con arena, intuyo lo que me espera y voy directamente a mi refugio.

Pero no crean que esa resistencia primera dura mucho , ni se muestra con pataleos o ladridos de protesta, únicamente practico la resistencia pasiva , no colaboro. Una vez en el baño, nada más sentir el chorro de agua caliente y las manos de mi mamá que me enjabona, me masajea , me quedo quietecita y dejo que me bañen. Luego me secan con mis toallas , me pasan el secador y me gusta sentir ese calor. Es verdad que después , si siento que aún no estoy bien seca, como tengo la piel tan sensible, noto picores , acabo mi secado particular revolcándome en las alfombras y paso una y otra vez mi morro hasta que me siento bien del todo. Así acaba casi siempre la ceremonia de mis baños. No son los baños de Argel, sino los de Douce.

Aunque soy coqueta, tampoco me gusta ir a la peluquería. Ya les he dicho que mi pelu se llama “Bonnie & Clyde” y el peluquero que me corta el pelo y me arregla las uñas es muy majo y me quiere mucho. De todas formas no me gusta ir, y aunque luego me porto bien, no voy a gusto a la pelu. En la entrada me encuentro siempre a Luna, una bulldog muy fea pero muy pacífica que apenas me hace caso cuando llego. Quizás es que yo tampoco estoy para fiestas y juegos , tampoco me fijo mucho en ella. Claro, ella está así de tranquila porque está en su casa. Yo sólo pienso que esa no es la mía , que cada vez que voy , mis papás me dejan sola y no vuelven a buscarme hasta dos horas más tarde, que es lo que suele durar mi sesión de corte y pedicura.

Cuando termino, casi siempre están ya mis papás o mis hermanos esperándome. Yo salgo corriendo hacia ellos, nerviosa y contenta de verlos. Noto que ponen siempre cara de sorpresa al verme con el pelo cortado. Yo también me noto rara, me

siento como desnuda sin mis lanas. Mis papás no hacen más que decirme que estoy muy guapa, para que no tenga complejos y me sienta como una ratita así, pelada. Sé que me queda muy gracioso el flequillo que me deja el peluquero , además me protege mis ojos porque como soy casi albina , son muy sensibles a la luz.

Todavía nos quedamos un ratito en la peluquería. El peluquero y su compañera siempre dicen que he sido muy buena, que me porto de maravilla ,me regalan palitos y otras golosinas por lo bien que me he portado. A veces, mi papá aprovecha también para comprarme alguna chuchería , algún regalo o algo que necesite, porque en la pelu hay muchas cosas: bolsas de comida, juguetes, arneses, golosinas para perritos, como si fuera un supermercado canino. Cuando llego a casa siempre hay bromas de los chicos a causa de mi nuevo “look” : *“Douce, ¿Pero qué te han hecho?”* *“Pareces una ratita”* y cosas así. Hasta que mi mamá o mi papá cortan esas bromas y dicen: *“Así estás muy guapa, no hagas caso a estos tontos”*. Entonces yo , casi me lo creo. Pero prefiero mis lanas.

El otro sitio al que nunca voy de buen grado es al “vete”. El veterinario es un señor joven, con barba, de aspecto serio pero amable. Siempre nos toca esperar un poco porque tiene muchos clientes , perros o gatos. A mi estas esperas se me hacen muy largas y me muestro más nerviosa que de costumbre. Cuando, por fin, pasamos a la consulta me muestro más inquieta , aunque no me haga daño. No me gusta subirme a esa especie de camilla donde me hace sus “humanerías”. Me toma la temperatura, me examina, me palpa por todas las partes, me coloca un aparatito en el pecho y me mira muy serio y muy callado. Menos mal que mi papá o mi hermano me sujetan, siento sus caricias que me dicen *“Douce, tranquila”* y eso me da seguridad.

El “vete” hace casi siempre las mismas preguntas, si como, si me ha pasado algo raro... Da siempre los mismos consejos: que sólo coma la comida que él me aconseja, a veces dice que me encuentra un poco gorda – y no sabe que eso no se le debe decir

a una señorita - , insiste que no me den mis papás de su comida. Mi papá, dice que sólo algunas veces, pero es mentira, porque es más que “*algunas veces*”. Me gusta estar a su lado y que me dé algo de lo suyo porque me sabe mucho mejor que las bolitas que me da el “vete”. Sólo voy a mi plato cuando veo que ellos han terminado y allí completo mi comida, chascando mis bolitas. No hay derecho. Es un aburrimiento una comida que siempre es la misma, ellos todos los días cambian.

Nunca he estado mala por comer más de la cuenta, aunque soy un poco comilona. Además yo sé cuándo tengo el estómago algo más pesado. En esos casos, cuando salgo al jardín, busco una hierbas que tienen las hojas alargadas, porque yo sé que me van muy bien para aligerar mi estómago, no necesito más recetas.

La visita del “vete” siempre termina igual: apunta en mi cartilla cuándo me toca la próxima vacuna o mi próxima visita , me manda que tome unas pastillas para que las pulgas u otros bichos no me hagan daño y mi papá paga la visita. Por la cara que pone, deduzco que a él también le hubiera gustado ser veterinario. Bueno, esto es una deducción mía, porque no le veo a él con bata blanca, atendiendo todo el día, de pie, a perros , gatos y otros animales. Supongo que debe ser por otra cosa por lo que le gustaría ser veterinario, pero yo de esos pensamientos “humanos”, no entiendo nada.

Hoy les he hablado de tres cosas que no me gustan mucho. Otro día les hablaré también de otras cosas que tampoco me gustan demasiado y hasta les contaré, si no lo van diciendo por ahí, algunos de mis defectillos, que tampoco son tantos.

LA BUENA «MALAEDUCACIÓN»

Hasta ahora les he contado casi únicamente cosas buenas de mí y de mis amigos. Pero , aunque no lo crean, soy un perrita que cultiva la autocrítica y reconozco eso que los humanos llaman defectos, aunque es un concepto que nosotros no empleamos. Los hombres se creen el centro del universo y creen que todo gira en torno de ellos, quieren que nos apropiemos de sus conceptos sin pensar que tenemos nuestra propia deontología, que tiene muy poco que ver con la suya , y lo que ellos llaman principios éticos. Por cierto, que a su ética no deben hacerle mucho caso, porque hay que ver qué tinglado tienen organizado. Pero, en fin para que ellos me entiendan voy a hablarles un poco de mis “defectos”.

Empezaré por el principio, porque yo soy una perrita muy organizada. Ya les dije que yo llegué a esta casa cuando habría cumplido los seis meses, según los cálculos del “vete”. ¡Vete tú a saber! Eso quiere decir que, según los que dicen entender de educación canina, como mi medio amigo don Conrado Lorenz, yo ya había formado una parte importante de mi personalidad de acuerdo con la educación de mis primeros amos. Sí, los que luego me dejaron abandonada. Pero hay algo en lo que ellos no pudieron influir , en mi propia manera de ser . Y yo tengo una personalidad muy amoldable y enseguida me adapté a las costumbres de mi nueva casa , a la manera de ser de mis papás y hermanos. Ellos me han educado de una manera que va muy bien con mi carácter, por eso digo que he recibido una “buena malaeducación”. Yo no me habría adaptado muy bien a las normas estrictas de Herr Konrad, con tanto: “*¡a tierra!*”, “*¡a dormir!*”, “*¡caminal!*”. A mi esas formas no me van, pero tampoco abuso y no soy demasiado caprichosa.

Voy a imitar un poco un “decálogo” muy gracioso, que un día leí en una página sobre perros y que yo he adaptado a mi propia experiencia. Las normas de esta casa han ido evolucionando a medida que ellos y yo decidíamos dónde terminan mis derechos y dónde empiezan los suyos. Y aunque sea medio en broma, voy a contarles la evolución de mi “buena malaeducación”.

Como recordarán, mi papá empezó diciendo:

1.- *¡Los perros no podrán entrar en esta casa!* (Observen la evolución)

2.- *Bueno, se aceptarán, pero con algunas condiciones.*

3.- *La perrita podrá entrar en las habitaciones, pero no podrá sentarse ni en el sofá , ni en los sillones.*

4.- *La perrita se podrá subir sólo a los sillones viejos*

5.- *De acuerdo, podrá sentarse en el sofá , pero no en las camas.*

6.- *Bueno, podrá subirse a las camas, si es invitada.*

7.- *La perrita podrá dormir en la cama , pero no debajo del edredón*

8.- *Douce podrá dormir debajo del edredón, si es invitada*

9.- *Podrá dormir debajo del edredón, pero sólo por las noches.*

10.- *Los humanos de esta casa deberán pedir permiso a Douce para dormir debajo del edredón.*

¿Qué les parece? Ya sé que he exagerado un poco, pero les aseguro que sí que he pasado del artículo 1 al número 7, y quizá, con el tiempo, llegue al 8 y al 9, pero creo que nunca voy a imponer el 10. Sería mucho morro de mi parte.

Pues sí, reconozco que quebranto muchas veces las reglas de éste y de otros decálogos semejantes. En casa no existen reglas estrictas, ni eso que los educadores de perros presentan como ideal de educación canina. Normas como: «el perro debe comer sólo de su comida, no importunar a sus dueños cuando éstos comen, saber cuál es su sitio de descanso, las horas en que puede salir a pasear, obedecer las órdenes que se le dan»,son bastantes flexibles en esta casa. Dicen que en nuestros genes llevamos escrito el saber obedecer al que por ley natural se constituye en jefe

de la manada.

Pues vale. Puede que todo eso sea verdad, pero en mi casa hemos establecido nuestras propias normas de convivencia con concesiones mutuas y nos va muy bien. No tenemos ningún problema. En muchas ocasiones yo me salgo con la mía, pero también saben que sé obedecer sin protestar, sin poner mala cara, pero no soy una perrita robot. Sé ceder cuando es necesario, todo me parece bien y miro a mis papás y a mis hermanos como si fueran dioses. Como decía un señor, de cuyo nombre no me acuerdo ahora, los perros no tenemos más que un defecto, creamos en los hombres. No somos como ellos, el agradecimiento es una enfermedad nuestra , no transmisible al hombre.

Pero vamos a dejarnos de filosofías y vayamos a casos concretos. Entre bromas y veras , en el decálogo he explicado como poco a poco he ido saltando del número 1: *“no entrará un perro a esta casa”* al 7 , *“la perrita podrá dormir en las camas”*. La transición se ha hecho normalmente , sin molestias para nadie. Y si un día ocupo un sitio que no me corresponde o molesto, basta que me hagan así con el pie, ¡zás! , y me voy a mi rincón.

Normalmente, cuando mi primer dueño no está en casa suelo dormir en un rincón del sofá, donde tengo una especie de colcha. Allí me retiro cuando veo que todos se van a la cama. A veces, por la mañana, si siento algo de frío voy a la cama de mis papás y me acurruco a los pies para no molestar. Ahora que mi amo está en casa me gusta dormir con él , hemos conseguido repartirnos equitativamente la cama. Como es muy dormilón, ni se entera de que voy ocupando el sitio que más me apetece, pero si protestara yo me pondría en el sitio que él me dejase.

Les he hablado de mi rincón favorito , en un extremo del sofá. Este verano, mi abuelita ha pasado unos meses con nosotros y ocupó mi sitio. Ella no sabía que ése era mi lugar favorito, a ella también le gustó. Yo al principio no entendía muy bien y me fastidiaba un poco que se hubiera apropiado de mi lugar de descanso. Pero mi papá me lo explicó y lo entendí muy bien.

“ Mira, Douce, la abuelita es una señora muy mayor y está algo malita. Necesita descansar, así que tendrás que dejarle tu sitio por una temporada ”.

Yo lo comprendí muy bien y me fui a sentar en uno de los sillones que hay en la galería, y como era verano se estaba muy bien allí. Pero en cuanto la abuelita salía a dar un paseo o estaba en otro sitio, yo ocupaba mi rincón, para que quedara claro que seguía siendo “mi rincón”.

Como ven , todo es cuestión de ceder un poquito y entenderse, no sé por qué los humanos son tan testarudos, siempre quieren salirse con la suya , sienten rencores y cosas de ésas que yo no siento. Por eso son infelices, no saben comprender y perdonar. Si ustedes tienen humor, y no se sienten demasiado agobiados, pueden echar un vistazo al mapa y ver todos los líos que tienen armados por no saber entenderse. Lo bueno es que cada uno dice que la culpa es de los otros. ¡Humano, mundo! Si nos dejaran , nosotros lo haríamos mejor. A veces nos dan ganas de dejarlos solos y volvernos a los bosques y declararnos independientes , ni siquiera mundo libre asociado.

Yo no guardo ningún rencor a nadie. Reconozco que a veces a fuerza de ser cariñosa y de desear que me quieran, me pongo algo pesada. Por ejemplo, a Teresa le molesta que cuando vamos en el coche y ella va en el asiento de atrás, yo ponga encima de sus rodillas la cabeza o le pida con mi pata que me acaricie. Ella, que a lo mejor se ha puesto su pantalón o su falda más chuli para salir , no le gusta que yo se la arrugue o deje algún pelito, y me llama “pesada”. Pues sí, lo reconozco, a veces soy un poco pesada. Estoy deseando que me quieran, pero eso tampoco es tan malo, ¿no? A ellos también les gusta que yo les quiera y se lo manifieste de mil maneras, moviendo mi rabo en forma de abanico cada vez que aparecen o se me acercan, aunque esté descansando. Les gusta también que entre corriendo a saludarles cuando vengo de la calle y les reciba dando saltos.

No creo que sean tan graves mis defectos y eso que no les

he hablado de todos, por ejemplo de cuando me hago la remolona, no quiero entrar en casa y hago como que no me entero de que me llaman. A veces, hago como que me olvido de algunas cosas que me han dicho. Mi papá no quiere que tome “chuches”, sobre todo si me las dan en la calle, y no le gusta que entre en la tienda de golosinas donde él compra el periódico. Pero a veces, cuando pasamos por delante, yo me hago la “longui” y entro, porque sé que la dueña siempre tiene alguna chuchería que ofrecerme, y a mi me encanta. Pero si oigo antes: «*¡Douce, no!*», pues aunque me cueste, no entro. ¿A qué soy obediente?

Bueno , y ya no les hablo más de mis “defectos” , que luego ustedes, van , y todo lo largan . Y no quiero coger una fama que no merezco. Así que por hoy, ya basta.

ORGULLOSA DE MIS ANTEPASADOS

Creo que ahora más que nunca mi papá necesita de mí, y yo estoy dispuesta a ayudarlo. Voy a tratar de distraerle lo más posible, ahora que anda preocupado, porque mientras se ocupe de mí, de escucharme, de sentir que le quiero, querrá seguir trabajando, buscando cosas relacionadas con perritos. Estos días está entretenido averiguando cosas de mis congéneres y su papel en la literatura, en las artes, en la cultura en general.

Se está dando cuenta que detrás de muchos escritores hay, a menudo, un perrito, y como es un poco pedante, plagiando el dicho “*detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer*”, le ha dado por decir en lugar de “*cherchez la femme*”; “*cherchez le chien!*” ¡Hace falta ser pedante y rebuscado!

Pero bueno, a mí lo que ahora me interesa es tenerle entretenido y me gusta que lea, que investigue, aunque sea el monotema canino, y luego me lo cuente. Voy a ponerles algunos ejemplos.

Me ha dicho que uno de los últimos libros que ha leído sobre el tema es un libro de un autor francés, un tal Roger Grenier, y que se titula “*La dificultad de ser perro*”, (y a fe que es harto difícil algunas veces, se lo aseguro). Bueno, a lo que íbamos, ese es el título que le han dado en español, porque la novela original, en francés, se titula “*Les larmes d’Ulysse*”. Ulises era el nombre de su perro, en cuya memoria escribió este libro. En sus 40 capítulos cuenta cómo la vida y la obra de muchos escritores u hombres del arte, la cultura o la ciencia están ligadas, de una forma u otra, a sus perros: Virginia Wolf, Sthendhal, Chéjov, Kafka, Schonpeauer, Baudelaire, Picasso, Gide, Rousseau, Jack London y muchos más...

Yo me he sentido muy orgullosa de mis congéneres y le he sonreído como diciendo “¿Qué te creías? ¿Qué no somos importantes? No seríais nadie sin nosotros”. Luego le he dejado que me cuente un poco por qué su amo puso el nombre de Ulises a su perro.

- *“Mira, Douce , te voy a leer una cosa que escribió hace muchos, muchos años , un señor que se llamaba Homero y que escribió un libro que se llama la Odisea.”*

Yo me senté a su lado, le escuché atentamente, porque me gusta mucho que me cuente historias, sobre todo si son de perritos. Me dijo que el héroe de aquella historia se llamaba Ulises y que el libro hablaba de todas las cosas que le pasaron, después de una guerra, me parece que me dijo la guerra de Troya, hasta que llegó a la isla de Itaca, su patria.

Me leyó muchas cosas, pero lo que más me emocionó fue cuando Ulises , disfrazado de mendigo , regresa a su casa y sólo su perro Argo es capaz de reconocerle después de veinte años (Se ve que antiguamente los perritos eran más longevos que nosotros.) Bueno, a lo que iba, que siempre me distraigo. Lo que a mi me emocionó hasta hacerme saltar las lágrimas . Pues sí, ¿por qué me miran así?, yo soy una perrita muy sensible y me pasan estas cosas.

Me leyó el Canto XVII de la Odisea, que dice más o menos así:

*“... ausente su dueño, yacía despreciado
sobre un montón de estiércol de mulas y bueyes que habían
derramado ante el porche, hasta tanto viniesen los siervos
y abonasen con ello el extenso jardín. En tal guisa
de miseria se hallaba el can Argo; con todo,
bien a Ulises notó que hacia él se acercaba y, al punto,
coleando dejó las orejas caer; mas no tuvo
fuerzas para alzarse y llegar a su amo. Éste al verlo*

desvió su mirada, enjugóse una lágrima...”

Así cuenta la Odisea la muerte de Argo, el único que reconoció al héroe y el único que fue capaz de arrancarle una lágrima. Algo que no había podido hacer Poseidón , vengativo como todos los dioses.

Algo así le ocurrió a Napoleón , lo cuenta en el “ *Memorial de Santa Elena*”, según me ha dicho mi papá. En Italia, recorriendo un campo de batalla sembrado aún con miles de cadáveres en el suelo, vio a un perro junto al cadáver de su amo, sollozaba, y le lamía la cara: “*Jamás nada, en ninguno de mis campos de batalla, me ha causado semejante impresión. Sin emoción he ordenado batallas que debía decidir la suerte del ejército; sin que se me humedecieran los ojos he visto ejecutar movimientos que llevaban a la pérdida de gran número de los nuestros; y ahora me sentía emocionado, conmovido por los gritos y el dolor de un perro...*” Es que, nosotros, sabemos dirigirnos directamente al punto sensible que aun pueda quedar en un ser humano, por insensible que su orgullo o sus miserias le hayan vuelto.

Me han enternecido también otras historias , algunas frases de gente de las artes , las ciencias o las letras que hablaron de sus perros. Por ejemplo Baudelaire que sentía predilección, cosa muy natural en él, por los perros pobres, embarrados, sin casa , callejeros, que vagan solitarios por las calles o los que viendo al hombre abandonado, con ojos llenos de compasión, parpadeantes le dicen “ *¡Llévame contigo, y de nuestras dos miserias haremos tal vez una especie de felicidad!*”

Yo que soy una perrita privilegiada, muy bien cuidada , siento una inmensa ternura por esos compañeros míos que andan perdidos por la calle, buscando alguien de quien ocuparse. Siento esa emoción cuando veo algunos sentado al lado de un mendigo, de algún borrachín o de una mujer rota por la vida y que sólo tiene el calor de uno de mis amigos. Al hablar de estos perros , compañeros de la miseria y de vidas rotas , o de perros vagabundos, abandonados , suena en mis orejas de perro una

canción de Alberto Cortez: “**Callejero**”. Un perro que tiene dos esculturas en la ciudad argentina de Resistencia , con una dedicatoria : “*No olvidar*”.

Todos le conocían y lo adoptaron como propio, desde el mozo del bar «La Estrella», quien le servía todos los días su comida, hasta el Gerente del Banco «Nación», con quien desayunaba café con leche con medialunas sin olvidar a los vagabundos a quienes hacía compañía en las largas noches de invierno...

*“Era nuestro perro y era la ternura
que nos hace falta cada día más,
era una metáfora de la aventura
que en el diccionario no se puede hallar.*

...

*Era un callejero y era el personaje
de la puerta abierta en cualquier hogar,
era en nuestro barrio como del paisaje
el sereno, el cura y todos los demás.*

...

*Era el callejero de las cosas bellas
y se fue con ellas cuando se marchó;
se bebió de golpe todas las estrellas,
se quedó dormido y ya no despertó.*

Debo confesar que siento una predilección especial por estos perritos y no envidio a esos otros a las que sus mamás les visten de manera ridícula, les ponen lacitos y perifollos, les visten de una manera cursi, les hace la pedicura y otras humanotonterías. Me quedo con estos otros amigos míos que son capaces de expresar todo lo que significa nuestra íntima manera de ser.

Me gustan también los humanos que son capaces de comprendernos. He leído con mi papá algunas frases de Maeterlink,

un escritor belga contemporáneo de Baudelaire. Me ha gustado lo que dice de nosotros:

“... entre todas las formas de vida que nos rodean, ni una, salvo el perro , se alía con nosotros” ... “ Es el único ser vivo que ha encontrado y reconoce a un dios indudable, tangible, irrecusable y definitivo. Sabe a quien consagrar lo mejor de sí mismo. Sabe entregarse más allá de sí mismo”

Y nuestro “dios” no necesita ser perfecto, ya nos encargamos nosotros de hacerle sentirse todopoderoso. Sabemos más de la vida de lo que se creen humanos y no aspiramos a grandes cosas , nos acomodamos a todo, sin protestar.

Ya les he dicho que tengo que tener entretenido a mi papá para que tenga la cabeza ocupada . Aprovechando que estamos en el centenario del Quijote , le ha dado por leer a Cervantes, pero no El Quijote....

¿Saben lo que ha leído? “ *El coloquio de los perros*”. ¿A qué se imaginaban algo de eso? Y me he propuesto que se lo pase bien conmigo y voy hacerle aún más caso que antes. Ya les digo que está un poquito chalado últimamente desde que hablamos y hablamos. Pero a mi me gusta que me cuente algunas de las cosas que lee. Me han gustado las charlas de Cipión y Berganza que son los dos perros que hablan en el libro sus andanzas. Esos sin que conocen el mundo, mejor que los humanos.

Estos dos perros que residen en el Hospital de la Resurrección de Valladolid charlan durante una noche de cómo es el mundo que les rodea . Berganza es el que cuenta la vida azarosa que ha tenido con sus distintos amos: un matarife, unos pastores, un mercader, un alguacil, un soldado, unos gitanos, un morisco, un poeta, unos cómicos... Todo eso durante la noche que se les ha concedido el don de hablar. Ellos están muy contentos de tener , aunque sea sólo por una noche , la facultad de hablar. Yo no estoy muy de acuerdo con ellos en que eso sea muy importante: creo que a veces las palabras son mucho menos expresivas que cuando nosotros movemos el rabo, levantamos las orejas ,

nos agachamos o miramos con ojos de ternura, admiración o contento.

De todos modos me ha gustado cómo se muestra más inteligente, más astuto, más honesto y más fiel que ninguno de sus amos. Durante su larga noche de charla traza una historia de los hombres que no les deja en muy buen lugar. Pero eso también lo sé yo, sin haber “vivido” tanto como él y su compañero Cipión.

Como verán, nosotros los perritos, no sólo somos protagonistas en muchos de los libros, y lo que es más importante, sin nosotros, muchos de esos genios no habrían podido vivir y contarles otras cosas.

UNA MAÑANA DE SÁBADO

Esta mañana hemos dado un largo paseo por uno de mis sitios preferidos. Me considero afortunada por poder vivir en la ciudad en que vivo. Me encanta esta bahía, estas playas, esas montañas que veo en el horizonte. Me gusta esta carretera que sube haciendo curvas hasta el faro, bordeando un parque maravilloso que se llama Matalañas, una antigua finca de un indiano de esos que se fueron a hacer las américas.

Esta extensa finca de no sé cuántas hectáreas, porque yo no mido los terrenos con esos sistemas con que miden los humanos, sino por zonas de olores, es uno de los lugares que más me gustan y sé que también le gustan a mi papá. Se queda embelesado mirando los barcos que navegan o simplemente están anclados, la silueta del Palacio que se dibuja en la cima de la península de la Magdalena, la diminuta isla de Mouro con su pequeño faro y allá, al fondo, Peña Cabarga con su “Pirulí”, como llamaba con desdén Gerardo Diego al repetidor de televisión que se domina su cima.

Como cada vez que hacemos este paseo, en cuanto mi papá aparca el coche, ante una de las puertas que da acceso a la finca, me muestro nerviosa por salir. Nada más abrir el coche me transformé en un manojo de alegría pensando en el festival de olores que me esperaba. Mientras mi papá hablaba con una amiga que también suele pasear con su pastor alemán por el parque, yo me dediqué a oler todos los mensajes que habían dejado mis amigos, sin hacer demasiado caso a ese perrazo que me impone un poco de respeto. Cuando mi papá terminó de hablar, nos dirigimos hacia el estanque de los patos. Algunos, salen fuera del estanque ,y a mi me encanta correr detrás de ellos hasta que levantan el vuelo y se meten de nuevo en el agua. Yo me quedo

extrañada de que estos bichos tan patosos puedan volar así. A veces, bajan volando hasta la playa ,y en alguna ocasión he ido detrás de ellos en el agua pero nunca consigo atraparlos. Tampoco es que me importe mucho, porque a mi lo que me gusta es asustarlos un poco y si corro detrás de todo bicho que se mueve, debe ser algún impulso que dejaron grabado en mí, mis antecesores.

Después de bordear el estanque, bajamos las escaleras que conducen hacia nuestra playa. La llamo “nuestra” porque esta cala de los *Molinucos* es propiedad sentimental de mi papá y mía, y la compartimos con otra gente que también la frecuenta con sus perritos. Hoy no bajamos hasta la arena, entre otras cosas porque en esta época aparece como descarnada, dejando a la vista los huesos de sus rocas, porque los recientes temporales y las mareas la han dejado sin su “piel” .

Estuvimos un rato contemplando el que yo llamo “*Jardín del jubilata*”. No recuerdo si en alguna otra ocasión les he hablado de este jubilado que pasa gran parte de su tiempo libre plantando, regando y cuidando sus primulas, sus geranios, sus claveles chinos o sus caléndulas. Él disfruta empleando de este modo sus ratos de ocio, y ofrece el resultado de su trabajo a los que quieren recrear su vista ,contemplando su desinteresado regalo.

Este camino, que bordea el campo de golf, se encuentra también dentro de la finca, era esta mañana soleada de sábado una auténtica romería. Pequeños grupos de jubilados que comentaban obras municipales, paseantes solitarios acompañados de sus perros, parejas de todas las edades, un pequeño grupo de 6 ó 7 fotógrafos que , cámaras en mano, enfocaban sus teleobjetivos para captar aspectos del espléndido panorama que se ofrece ante los ojos. Mientras ellos, en una especie de rally fotográfico, disparaban sus máquinas, yo seguía mi exploración olfatoria y saludaba a los perritos con los que me cruzaba. A unos les hacía más caso que a otros y a algunos ni me acercaba, porque los veo muy grandes y me asustan.

Seguimos bordeando el campo de golf. Es divertido ver a la gente que encuentra en este deporte una manera de hacer ejercicio y al mismo tiempo de relajarse. A mi papá no es algo que le apasione, pero respeta a la gente que lo practica y hasta habla con entusiasmo de lo interesante que puede resultar meter una pelotita en un agujero. Observa curioso, lo preparados y serios que van algunos. Entran en el campo con sus carritos y sus palos, vestidos con el atuendo apropiado, siguiendo la moda de los que practican este deporte, antes de elite y ahora asequible a las gentes de la nueva clase media, más o menos acomodada. Aunque cuando pasea sólo piensa en contemplar este paisaje que le apacigua interiormente, baraja interiormente sus pensamientos, o está pendiente de lo que yo hago. Hoy se ha fijado en dos detalles sobre la gente que practicaba este deporte. En un rincón del campo, próximo a la valla que nosotros bordeamos, observó, curioso, a dos señoras de mediana edad, armoniosamente conjuntadas según deber ser la moda que dicta las normas sobre este deporte. Pantalón de paño a cuadros,- el color no se lo puedo decir porque no distingo bien los colores- calzado adecuado, jersey a juego con el pantalón, y una gorrita muy mona. Creo que ya lo de menos importaba cuál era el par del campo, o cómo se llame.

El otro detalle simpático que llamó su atención es ver , a la entrada del campo, un grupo de niños entre 8 y 10 años ejercitarse, aleccionados por sus monitores, en cómo poner los brazos, flexionar las rodillas y golpear la bolita con el palo para enviarla contra una gran red donde dirigían sus golpes. Si a ustedes les interesa , otro día me informo cómo se llaman cada uno de los golpes y otras interioridades del golf que, como ya les digo, a mí, como a mi papá, no nos interesa demasiado. Mentiría si les dijera que siento un poco de vergüenza por ello, al pensar que allí enfrente, a no mucho metros , se puede ver Pedreña y la mansión de Seve (Ballesteros), claro.

Ajena un poco a todas estas cosas, que a mí no me interesaban demasiado, yo seguía el enlosado camino rastreando con mi nariz el reguero de olores dejado por mis amigos. Un

matrimonio, ya maduro, seguía divertido mi ir y venir, y no pudieron menos de sonreír, cuando vieron que en un momento dado, yo me revolcaba de gozo sobre aquellas losas de cemento o entre sus intersticios, porque había sentido algo que ellos eran incapaces de percibir. Observaban, entre divertidos e intrigados, aquella manifestación de pleno gozo moviendo mis patitas , agradeciendo al dios de los perritos aquel momento de plenitud canina.

Cuando ya habíamos casi bordeado la finca, después de casi tres cuartos de hora de paseo, mi papá decidió entrar de nuevo al parque por otra de las puertas del parque que da al norte. Mi papá sabe que a mi no me gusta demasiado entrar por esa puerta, porque tiene una plataforma y unas escaleras de rejilla metálica que me hacen daño al pisar, porque se me meten entre mis dedos. Hoy me detuve antes de pisar la rejilla y buscaba el modo de bajar por otro sitio, aunque fuera de un salto. Mi papá se dio cuenta y me cogió en brazos, tampoco peso tanto, para que no me hiciera daño. Fue todo un detalle por su parte, y por supuesto ya sé lo que tengo que hacer la próxima vez si entramos por ese sitio.

Bajamos luego por un pequeño sendero que baja paralelo al pequeño regato que va hasta el estanque de los patos, y como estaba algo embarrado por las recientes lluvias , llegué al coche con las patas casi negras o por lo menos grises. Ya sabía lo que me esperaba cuando llegara a casa.

Al llegar, traté de evadirme como hago en esos casos, pero mi mamá me cogió en brazos y me metió de patitas en el baño. Esperó hasta que el agua estuviera lo suficientemente caliente y me duchó. Yo me quedo muy quieta cuando siento el agua caliente sobre mi cuerpo. El agua, por supuesto, se volvió gris a causa del barro de mis patas, luego me cogió con mi toalla y me secó un poquito, dejando el resto del secado para mi papá. Él me fue pasando el secador por todo el cuerpo para completar el secado. Como tengo la piel muy delicada , me pica el jabón y necesito

restregarme contra todo lo que encuentro al alcance: alfombras, sillones , camas... Mi papá me sujeta, pidiéndome que me esté un poco quieta si quiero que el secado termine cuanto antes.

Al final quedé sequita y completamente blanca. Mi pelo estaba más reluciente y yo muy relajada. Tan relajada que hoy he dormido una larga, muy larga y reparadora siesta. Ha sido un sabadete de rechupete.

LA MUERTE DE DEVA

Hoy, al volver a casa, mi papá me ha dicho entre emocionado y resignado:

- *“ Douce, ha muerto Deva, me lo ha dicho su mamá ”*

Mi corazón de perrita se ha estremecido y me ha recorrido como un latigazo de incredulidad y de pena, hasta que poco a poco lo he ido digiriendo mejor, como sabemos hacer estas cosas los perritos. Deva era una amiga mía, aunque no nos veíamos muy a menudo, sólo en algunas ocasiones que eran verdaderos momentos de gozo y regalo para nosotras.

De vez en cuando, últimamente con menos frecuencia, nuestros papás nos llevaban de excursión durante todo el día, cuando ellos iban a Los Picos de Europa o a cualquiera otra de las rutas que hacían durante algún fin de semana. Nuestros papás no pueden ni siquiera imaginar lo que nosotras podíamos disfrutar teniendo todo el día para oler, correr, subir y bajar sin descanso. Mientras ellos hacía una sola vez la ruta de ida o de regreso , nosotras la hacíamos por triplicado o cuadruplicado. Nos adelantábamos al grupo, retrocedíamos para unirnos a ellos y de nuevo nos despegábamos del grupo. Nos encantaba descubrir nuevos y desconocidos olores, nuevos paisajes, otros congéneres y animales que no podemos ver por nuestra condición de perritos urbanos. A mí, por ejemplo, me asustan mucho esos animales tan grandes que se llaman vacas o caballos. Cuando pasábamos por donde ellos pastaban o descansaban , yo los miraba con miedo, me apartaba, aunque ellos no me hacían ni caso. Deva les tenía menos miedo, quizá porque era algo más inconsciente que yo del peligro que suponía que te pisaran con esas enormes patas

o te dieran una coz. Cuando pasábamos por lugares donde había todavía algo de nieve , nos revolcábamos , porque nunca antes habíamos visto ese suelo tan blanco y tan blando.

Recuerdo también que mientras nuestros papás, después de la marcha, sentían hambre y se ponían las botas comiendo y bebiendo – que yo creo que era uno de los motivos principales de aquellas marchas - nosotras teníamos que quedarnos en el coche esperando. Sabíamos que a la hora en que los demás tomaban el café , nuestros papás venían con una bolsa de plástico donde habían recogido comida para nosotras. ¡Me encantaba esta comida! Alguna vez, Deva me dejaba beber del cuenco que su mamá llenaba de agua. No han sido muchas las veces que he hemos podido salir juntas en estas salidas especiales, pero han sido las suficientes para querernos y que yo sienta mucho que se me haya muerto.

También me ha contado que para sus papás han sido un golpe muy fuerte y están destrozados, porque además ha sido muy rápido e inesperado. Su papá lo está pasando muy mal, él, que es un hombre curtido en la montaña y que es incansable subiendo a los puntos más altos. Es un dolor que no sabe muy bien explicar, que le sorprende a él mismo. Deva, le ha contado su mamá, era como yo, un miembro más de la familia. Dormía al pie de la cama de sus papás, compartía con ellos su comida, sin apenas hacer notar su presencia llenaba de alguna manera su casa.

Yo les entiendo muy bien y comprendo que les resulte difícil acostumbrarse a no tenerla y que sientan el vacío que les ha dejado. Le ha dicho su mamá que están pensando en adoptar otro perrito para llenar ese hueco y el hecho ha suscitado discusiones en la casa. Los otros hijos piensan que adoptar otro perrito es como traicionar la memoria de Deva. Definitivamente estos humanos tienen un extraño concepto de lo que es el amor. El amor es una necesidad, pero también y ante todo, tiene que ser un regalo, algo que se da. Esto lo sabemos muy bien nosotros, los perritos , mucho mejor que los humanos. Los queríamos incluso

antes de haberles conocido, los queremos gratis y no nos importan si son ricos, pobres, perfectos o desgraciados. Los queremos simplemente porque nos apetece y nos da la gana. A cambio, pedimos muy poco, que no se olviden del todo de nosotros.

Yo sé que Deva quiere ahora que sus padres sean felices, no quiere que lloren o estén tristes por ella. Desde su cielo de perritos les está pidiendo que encuentren la manera de sentirse bien y no le importa para nada que puedan volcar sus sentimientos de cariño con alguno de mis compañeros. Me pongo en su lugar, con mi corazón de perrita, y yo me sentiría feliz si viera a mis papás contentos. A algunos humanos les resulta difícil comprender eso. Puedo entenderlos, porque sé la idea que tienen algunos del amor en exclusiva.

La pérdida de Deva me ha hecho reflexionar sobre la manera cómo yo veo la idea de la muerte y se lo he dicho a mi papá:

-“ Mira, yo veo la muerte de una manera más natural que tú, porque nunca me he preguntado por qué estoy aquí, por qué vivo, por qué me ha pasado todo lo que me ha pasado. Me he contentado con vivir, con disfrutar de las muchas cosas que la vida me ha dado y soy feliz de esa manera. No me preocupa la idea de la muerte, porque la admitiré con la misma naturalidad con que he disfrutado de lo que la vida me ha dado.”

Después de este discurso filosófico, tan canino, me he sentido un poco petulante y al mismo tiempo aliviada por poder compartir con mi papá mis ideas sobre la vida y la muerte. He querido hacerle reflexionar un poco sobre las tres cosas más importantes que tenemos los seres que vivimos: el amor, la vida y la muerte . Desearía que lo aceptara con más naturalidad, sin angustias ni perplejidades .

Mi nueva casa	4
Una más de la familia	7
Mi vida de perrita... ¿Perra vida?	9
San Pedro Amarillo	14
Veo con mi olfato	18
Derechos caninos	22
Mis paseos	27
El vacío de la ausencia	30
Las cosas que no me gustan	33
Mi buena “malaeducación”	37
Orgullosa de mis antepasados	42
Una mañana de sábado	48
La muerte de Deva	53

